

Primer premio

Del León Rampante a la Estrella Solitaria

M^a Dolores Ferreiro Mouriz¹

*“No es por azar que nacemos en un sitio
y no en otro, sino para dar testimonio”
Eliseo Diego²*

Querida Patria³:

Aprovecho esta ocasión para, a través del IV Concurso Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa, enviarte mi corazón con el más grande beso. No dejaría pasar otra oportunidad.

Quiero que sepas que no fue mi decisión dejar la mayor parte de la familia, el pedazo de tierra, el aire, el río de mi pueblo, tu clima, tu olor, el sabor de tus cosas, ni nada de lo que me diste. Tenía tan solo cuatro años y algo más. Fueron mis padres, pero no los culpo. El tiempo nos da sólidas razones y aprendí que no siempre podemos cambiar las cosas de la vida.

Ya que no pude evitar salir hacia otras tierras, al menos te contaré por qué salimos y cómo nos ha ido por estos rumbos. No hay en nuestra historia terribles páginas de muerte como en la vida de otros que igualmente debieron partir. Sin embargo, hubo limitaciones a la libertad personal que también obligaron a pensar en caminos lejanos. Del mismo modo lo fueron terribles porque en una emigración son los niños los que más sufren. Las sufrió mi padre con la partida de sus progenitores y más tarde mi hermano y yo al ser apartados de nuestras cosas; esas que te digo más arriba.

El desarraigo, que luego se convirtió en añoranza, llenó cada etapa de nuestras vidas y colmó de alegría el momento del reencuentro contigo que, en mi caso, ocurrió dos veces.

¹ Testimonio elaborado por Dolores Ferreiro Mouriz. Nacida en Balboa, León, el 30 marzo 1947. Emigrada a Cuba en agosto de 1951. Asociada a la Colonia Leonesa de Cuba. (N.A.)

² La Habana, 1920/México, 1994. Poeta y escritor cubano, Premio Nacional de Literatura (1986) y Premio Literatura Latinoamericana y del Caribe “Juan Rulfo” (1993).

³ Véase en este mismo volumen el relato titulado “TRES GENERACIONES DE EMIGRANTES”, de Benito Ángel Ferreiro Mouriz, que narra la historia de esta misma familia. (N.E.)

De mis ascendientes, resaltó mi padre por su sabiduría natural y su voluntad para salir adelante. Sin mermar para nada el espíritu de trabajo de mi madre y mis abuelos, es innegable que él sobresalió. Ya fallecido en 2003, no ceso de tener en cuenta sus historias y enseñanzas. En ellas me baso para este recuento.

Papá se sintió muy hispano y nos lo transmitió: hablaba de su nacionalidad con mucho orgullo y nos enseñó que la hispanidad es llevar en el pecho la tierra donde se ha nacido; mantener las costumbres en todo lo que sea posible; cuidar la lengua materna; sufrir o regocijarse con lo terrible o lo bueno que pasa allá.

Pero también nos enseñó, con acciones y palabras, que hispanidad es representarla dignamente donde se está, hacer buenas obras aunque afectemos el descanso y defender lo que se considera justo aún a riesgo de la tranquilidad o de la propia vida.

Decía que por nuestro acento somos identificados y si se hace el mal, quien nos juzga, tal vez no sepa nuestro nombre y dirá simplemente: ¡Mira lo que ha hecho ese español!

Por ello, si en alguna ocasión he recibido un reconocimiento, haya sido en el marco reducido de mis compañeros de trabajo, en mi vecindad o en las dos ocasiones que recibí condecoraciones del Consejo de Estado de la República de Cuba –por mi participación en la Campaña de Alfabetización–, quiero que sepas que no has faltado en mi pensamiento. Junto con mi padre estás tú. He sentido, como él, un orgullo inmenso de saber que en mi labor se reconoció la solidaridad de España que donde yo esté, está.

Tu hija que nunca te olvida,

Dolores Ferreiro Mouriz

EL LEÓN Y LA ESTRELLA

León aportó al escudo español, desde los reinos medievales, el símbolo que lo representa. En la actualidad el escudo de España se rige por la Ley 33/1981, que lo blasona en los siguientes términos:

Artículo 1º: El escudo de España es cuartelado y entado en punta. En el primer cuartel, de gules o rojo, un castillo de oro, almenado, aclarado de azur o azul y mazonado de sable o negro. En el segundo, de plata, un león rampante, de púrpura, linguado, ñado, armado de gules y coronado de oro. En el tercero, de oro, cuatro palos, de gules o rojo. En el cuarto, de gules o rojo, una cadena de oro, puesta en cruz, aspa y orla, cargada en el centro de una esmeralda de su color. Entado de plata, una granada al natural, rajada de gules o rojo, tallada y hojada de dos hojas de sinople o verde.

La bandera de Cuba fue diseñada por patriotas cubanos. Su estrella blanca de cinco puntas representó su lucha por la libertad y el color rojo del triángulo sobre el que reposa, simboliza la sangre derramada para lograrla.

La Constitución cubana en su Artículo 2º declara que la bandera símbolo de la nación es la bandera de la estrella solitaria y la Ley nº 42/1983 que la reglamenta, la describe así:

Artículo 3º: La bandera de la estrella solitaria es de forma rectangular, de doble largo que ancho, compuesta por cinco franjas horizontales de un mismo ancho; tres de color azul turquí y dos blancas, dispuestas alternativamente: en uno de sus extremos tiene un triángulo equilátero de color rojo, uno de cuyos lados es vertical y ocupa toda la altura de la bandera, constituyendo su borde fijo. El triángulo lleva en su centro una estrella blanca de cinco puntas, inscrita dentro de una circunferencia imaginaria, cuyo diámetro es igual al tercio de la altura de la bandera, una de las puntas de la estrella está orientada hacia el borde libre superior de la misma.

HISTORIAS DE IDA Y VUELTA

En la segunda mitad del siglo XIX dos primos de la abuela por línea materna, habían luchado en la Guerra de Independencia cubana contra las fuerzas independentistas de la isla (mambises). Según mi madre escuchó en el seno de su familia, al concluir ésta no regresaron a casa, sino que quedaron trabajando en la isla. Después de algunos años regresan a España, adquiriendo propiedades como tierras y casas.

La emigración de los Ferreiro y los Mouriz, no comienza con la salida de mis padres, mi hermano y yo de España. Existieron dos generaciones anteriores de emigrantes en ambas familias.

Aunque fue mayoritaria la emigración de hombres solteros en el siglo XIX, la primera migración de mi familia a fines de éste, estuvo entre la minoría que marcó la diferencia.

Ascendientes de mi padre –sus abuelos y otros familiares– salieron a fines de ese período hacia Argentina, según parece sin que los acompañara la suerte, por lo que regresaron a España casi como salieron en el año 1898. Sobre el nacimiento de mi abuela por línea paterna, Dolores Méndez González (Lola), ella misma tenía dudas si había ocurrido en Argentina o en España. Lo que sí está claro es que su nacimiento fue inscrito en España.

A principios del siglo XX ocurre una segunda emigración, mis abuelos por línea materna, Ángel Mouriz y Vicenta Mouriz Lamas –ya casados– algún hermano respectivo y sus esposas vinieron a Cuba y trabajaron, los hombres en las máquinas de un central azucarero de la antigua provincia de Santa Clara y las mujeres en labores domésticas. La emigración de estos abuelos fue pensada para “hacer dinero y volver”, de eso dieron fe mis tíos y mi madre por los relatos del hogar. De manera que con el dinero reunido regresan a España y allí nacen de Ángel y Vicenta, las seis hijas hembras –entre ellas mi madre– y un varón.



Mi abuela Lola en Santiago de Cuba.



La pequeña Fedora Moya.

Algún descendiente de los Mouriz había quedado en Cuba después de la Guerra de Independencia, pero mi madre no pudo lograr contacto por falta de claridad en la información de que disponía.

MI PADRE. LA GUERRA CIVIL

La niñez de mi padre no fue de envidiar. Se vio privado de sus progenitores desde muy corta edad. Su padre, mi abuelo, Maximino Ferreiro Blanco, inicia una tercera época de emigrantes viajando solo a Cuba en 1920 en busca de nuevos horizontes cuando mi padre aún no había cumplido los tres años de edad. Durante ocho largos años apenas se tuvo noticias de él por lo que mi abuela Lola, emigra en su búsqueda y deja a mi papá con aproximadamente once años bajo la custodia de su madre que posteriormente enferma y un hermano, cuya salud maltrecha y pérdida de un ojo, mal le permitirían acometer la atención del sobrino. Aparte de las carencias afectivas –que desde luego son las más importantes– tuvo que enfrentar carencias económicas y de apoyo familiar en su formación. Se formó solo como joven y como hombre.

Mi abuela materna, Dolores Méndez González, llegó a La Habana en 1930 durante el Gobierno de Gerardo Machado, en medio de una de las situaciones políticas y económicas más convulsas que vivió Cuba. Tras algunos meses de búsqueda da con el paradero de Maximino en la región oriental de la isla, trabajando en la construcción de la carretera central, que conectaría todas las provincias cubanas. Se instalan en la antigua provincia de Oriente, trabajan en la casa de una familia adinerada de apellidos Moya-Tovar, él como jardinero y ella como doméstica y seguidamente niñera de la pequeña Fedora.

Mientras esto ocurría, mi padre trabajaba la tierra desde su niñez. Con el transcurso de los años aprendió el oficio de barbero viendo pelar, a sacrificar animales, preparar carnes y embutidos, y a cocinar excelentemente. También había aprendido la mecánica de vehículos, y fue empleado por un hombre

de apellido Feijoo que con su camión transportaba madera unas veces, pescado otras, desde el Norte español hacia el resto del país. Así conoció a la perfección la geografía de las provincias españolas donde trabajó. En sus viajes tuvo una relación amorosa con una joven de la clase media, pero la familia al saber que estaba embarazada la envía a otra región de España, y la casan con un hombre de similar condición económica que reconoció al hijo como suyo. A pesar de sus indagaciones, nunca más supo de ellos.

Mi padre fue partidario de la II República española, de manera que cuando ocurrió la Guerra Civil, se incorporó a un grupo guerrillero en las montañas cercanas a La Portela, donde residía. Al resultar diezmados por falta de apoyo se ven obligados a entregarse a las fuerzas de Francisco Franco. El párroco de su iglesia, don José Saavedra, pidió respeto a su vida y lo entregó a las autoridades sirviendo de mediador. Su vida fue respetada, como se había acordado. Pero fue obligado a prestar servicio en unidades franquistas que ya no participaban en combates y en éstas trabajó como barbero, mecánico y otras tareas. También fue chofer de ambulancia, ocasiones que si debió trasladar heridos desde el frente hasta las postas sanitarias u hospitales.

Como es sabido triunfaron las fuerzas de Franco. Concluida la guerra mi padre debió cumplir con el requisito de reportarse semanalmente durante un tiempo y posteriormente pedir permiso a la Guardia Civil para salir de la provincia de residencia. Medida que debió cumplir hasta 1951 en que salió de España.



La foto que tenemos de mi padre más joven en España.



Mi padre sobre las maderas, de costado, en el camión de Feijoo.

MI MADRE. LA GUERRA CIVIL

Recordaba con tristeza su temprana orfandad a los 10 años, por morir su madre. Por esto, desde muy temprano, hacía labores del hogar y hubo de colaborar en la crianza de sus dos hermanas menores. Al iniciarse la guerra no había cumplido quince años. Mencionaba las angustias de la detención de su padre, mi abuelo Ángel, a quien amenazaron con matar ante sus hijos, por ayudar con alimentos a los guerrilleros republicanos. Finalmente, mi abuelo fue detenido con toda la familia y llevados por dos días a la cárcel de Ponferrada, León. De allí salieron obligados a una emigración interna, al decretar en una orden administrativa el destierro familiar hacia la provincia de Segovia. Acción que tengo entendido respondió a la necesidad de Franco de aislar de todo apoyo posible a las fuerzas republicanas que, aunque diezmadas, mostraban presencia en la zona.

En Cantimpalos, población segoviana, debieron permanecer entre seis y nueve meses. Ella y dos hermanas fueron ubicadas para realizar trabajos domésticos en la casa de una familia de apellido Garrido, dueño de rutas de ómnibus local. Otras hermanas en el mismo poblado, en una pequeña fábrica de chorizos perteneciente a los padres de dos jóvenes que manejaban con Garrido la ruta a Segovia. Abuelo Ángel y Brindis, el único hermano varón de mi madre, en la casa del alcalde del lugar y con la Falange respectivamente.

Si dura fue la permanencia en la cárcel y la partida del pueblo por la incertidumbre de ¿qué nos ocurrirá? y tener que dejar atrás todo lo que con tanto trabajo habían creado y adquirido, más penoso fue el regreso al comprobar el estado de la vivienda y otras propiedades que fueron casi destruidas por el maltrato de las fuerzas de Franco, integradas por marroquíes que habían utilizado la vivienda y fincas como cuartel. Al volver estaba agotada la existencia de reses, ovejas y aves. En menos de un año la vivienda de dos plantas, todavía en construcción, quedó bastante destruida, sobre todo sus pisos de buena madera que fueron quemados por cocinar casi directamente sobre ellos. La mínima existencia de trigo que les era permitida fue saqueada después del altísimo impuesto que periódicamente debían entregar las familias en especies o les era arrebatado a la fuerza. Por si fuera poco, nunca más supieron de la máquina de trillar y moler el trigo de las fincas. Nadie indemnizó material ni moralmente a la familia, nunca hubo siquiera una excusa.

Recomenzaron partiendo casi de cero. Mucho debió trabajar la familia unida, a pesar de sus edades, para sobrevivir después de semejante destrucción. Mi madre padeció desde muy joven artrosis generalizada en las manos y la espalda por la crudeza del frío al trabajar en los campos. Mucho debió hacer el abuelo Ángel y pastorear ella y sus hermanos para ayudar a incrementar el ganado.

LA POSGUERRA. NUESTRA EMIGRACIÓN

Mis padres se conocieron en las fiestas de San Roque, el 16 de agosto del año 1942, en el pueblo de Villafeile, León, donde vivía mi familia materna y se casaron el 19 de diciembre de ese mismo año. Allí nació mi hermano el 11 de diciembre de 1943. Le fue puesto el nombre de Benito Ángel. Posteriormente arriendan una casa y tierra en Balboa, también en León, donde nazco yo el 30 de marzo de 1947, con el nombre de Dolores. Con gran voluntad de trabajar, mi padre aplica allí todas sus habilidades en disímiles tareas. En muy poco tiempo era buscado para suturar una herida, sacar muelas, cortar el cabello o sacrificar animales y procesar carne para la conservación. Los fines de semana y feriados mis padres ofrecían juegos de mesa, tapas y bebidas. Para fiestas familiares un saloncito en la planta baja de la casa.

Estas actividades constituían un ingreso adicional para materializar una emigración en la que ya empezaban a pensar. Cercano a los años 50 se preparó el reencuentro y desde que se concertó mi abuela Lola no cejó en el empeño. Fue inmenso su deseo de conocer a los que sólo veía por fotos alguna vez, unido acaso a su pesar por haber dejado al hijo. Con esos ahorros costearon los pasajes, documentación en España, viajes a León para trámites y el viaje hasta Vigo. La abuela Lola corrió con los costos y envió de papeles desde la isla, Cuba.

En el primer semestre de 1951 se materializan los primeros documentos para nuestra partida. Las autoridades de inmigración cubanas aprobaron el



Mi padre en la Guerra Civil.



Mis padres y amigos en el campo.

ingreso a la isla de mi padre con sus hijos en condición de residentes y mi madre en condición de turista y un plazo de 180 días para legalizar la situación de ella. Los primeros permisos del Gobierno Civil de León y la visa de Cuba derogaron al dificultarse los pasajes y faltar un documento que debía emitir la Falange.



Tarjeta postal alegórica a la República, conservada por mi papá.

Otro nuevo permiso del Gobierno Civil de León, nos fue otorgado el 13 de julio de ese mismo año. Esta vez salimos dentro de los 90 días de plazo.

Cuando llegamos al puerto de Vigo, Galicia, por donde salimos en el vapor Monte Ayala, ninguna autoridad pidió el documento de la Falange que, según mi madre, tantas gestiones les requirió. Dejamos tierra española el 4 de agosto de 1951. El viaje duró 25 días, más de lo debido,

a causa de un huracán que nos hizo sufrir sus arremetidas. Llegamos a La Habana el 29 de agosto de 1951, en medio de una huelga de trabajadores portuarios, de manera que la primera posesión cubana que pisamos fue una lancha de motor que nos sirvió de trasbordador desde el barco anclado en la Bahía de La Habana hasta un muelle donde cumplimos los trámites de rigor.

Por entrar en condición de turista, mi madre debió concurrir al Campamento Cuarentenario de Tiscornia, sin ser recluida allí, sólo para un chequeo de salud y más tarde dejada en custodia a mi abuela Dolores quien se hizo acompañar al campamento por Eduvigis Truyol, abogada y amiga que corrió con las formalidades. Así vuelven mis abuelos a ver a mi padre; un hombre de 33 años de edad, acompañado de la familia que constituyó.

MIS MEMORIAS DE LA PARTIDA Y LLEGADA

Serán breves porque corta fue mi vida en la tierra donde nació. Me hablaban del dolor y el llanto de la despedida y los niños, mis primos, mi hermano y yo, que jugábamos en el corredor de la casa ajenos al drama de la separación; verdaderamente no las recuerdo.

Sin embargo, certifico las que tengo presentes: el azaroso viaje en un barco castigado por el mal tiempo que nos hizo echar hasta el hígado de tanto vomitar; mi fortísima resistencia a admitir el pinchazo de una vacuna que a pesar de mi berrinche me fue impuesta en un glúteo ante la imposibilidad de sostener quieto alguno de mis brazos; mi negativa a bañarme en la piscina del barco porque pensaba que caería al mar; mi impresión ante la primera visión de un hombre de la raza negra en un puerto de escala hacia La Habana.

De mi primer día en la isla: la angustia que me produjo el cambio de clima, que ni siquiera pudo ser aliviada por el ventilador que para mi uso



Mis padres el día de la boda.



Mi hermano y yo, a la derecha debajo.



Mi hermano y yo. Última fotografía juntos en Balboa.



Última foto familiar en España.

exclusivo había dispuesto la abuela Lola. Esa noche, la del 29 de agosto de 1951 puedo inscribirla, sin dudas, como la primera en mi vida que pasé sin dormir. Aún hoy si cierro los ojos y me esfuerzo soy capaz de sofocarme con el recuerdo.



Pasaporte familiar.



Pasaporte donde figura la fecha de salida de Vigo, Galicia, y la fecha de entrada en La Habana.



Primera Tarjeta de Identidad como inmigrante emitida a favor de mi madre en calidad de Residente Permanente.

ESPAÑOLES POR EL MUNDO. LA REUNIFICACIÓN

Pocos años después de mudarse mi familia a Balboa, en León, aquí en Cuba, los Moya-Tovar donde trabajaban mis abuelos en Santiago de Cuba, se trasladan hacia La Habana porque el Sr. Moya fue nombrado representante de la firma *Good Year*⁴ en la isla.

Con ellos vinieron mis abuelos. Maximino comienza a trabajar en el taller donde la empresa hacía carretas para el corte de la caña de azúcar que luego salían equipadas con las gomas de dicha marca.

⁴ Conocida marca estadounidense de neumáticos y otros productos industriales. (N.E.)

Con Fedora ya crecida, mi abuela Dolores no trabajó más en esa casa. En el apartamento que alquilaron para vivir en la calle Hospital 468, muy cerca del parque Trillo, comenzó a coser, haciendo forros para un taller de colchones y otros encargos que le eran pagados por piezas. De las tres habitaciones que disponían, alquilaban una a tres estudiantes de medicina, lo que les representaba un ingreso adicional.

En esa situación socioeconómica se encontraban mis abuelos por línea paterna a nuestro arribo. Inmediatamente que llegó mi padre fue pintor de brocha gorda, obrero de taller y estibador en tabaquería.

El primer año de nuestra vida cubana vivimos con ellos en ese apartamento. Pero por diversas causas no se les hizo placentera la estancia allí a mis padres, ni tampoco le fue cómodo a mi papá trabajar en el mismo taller de carretas donde laboraba el suyo. No pasaron muchos meses hasta que pensaran en independizarse.

A algunos emigrantes españoles los acompañó la suerte y fundaron negocios, otros tuvieron un empleo, pero como generalidad, han vivido de su trabajo y esto les abrió un lugar en cada sitio donde decidieron asentarse. Ese respeto a mi padre lo ayudó.

Un día del año 1952 caminando por el Prado, muy cerca del Capitolio de La Habana, observó un lujosísimo coche con dos señoras en su interior y el chófer tratando de resolver un desperfecto, por lo que se presentó para ayudar. Fue su destreza la que resolvió el problema. Se negó a aceptar pago alguno y solicitó a la señora que le ayudara a buscar otro trabajo porque los médicos le habían recomendado abandonar la tabaquería, ya que el polvillo de la hoja de tabaco le afectaba. La señora indicó al chófer que se pusiera al tanto de cómo localizarlo. Después supo que se trataba de la millonaria Lilí Hidalgo de Conill. El chófer se llamaba Manuel a quien todos conocían como “El Rubio”, quien más tarde y hasta su muerte se convirtió en un buen amigo de nuestra familia.

Pocos días pasaron hasta que “El Rubio” lo visitó con el mensaje de que la señora había hablado con los franceses Recalt y Camy, representantes en Cuba de los productos franceses de belleza L’Oreal y de los laboratorios farmacéuticos CIBA de Suiza, que buscaban un matrimonio, de preferencia españoles, para un trabajo.

Al entrevistar a mi padre, el Sr. Camy le propuso cuidar su finca privada en las afueras, con alojamiento gratuito, cosa que con delicadeza no aceptó, al no coincidir con la idea de mantenernos en un lugar céntrico para que mi hermano y yo asistiéramos a una buena escuela. Al Sr. Camy le gustó su sinceridad y ofreció entonces que mi madre y él fueran los encargados del cuidado, limpieza y atención general de la casa donde radicaba la representación de las empresas, en la esquina de las calles 13 y 2 en el Vedado, lo más céntrico de La Habana.



Primera foto en Cuba. Mi hermano y yo a la derecha. Las niñas son nietas de una española amiga de mi abuelo.



Mi primer cumpleaños -5 años- en Cuba.
Terraza del apartamento de la calle Hospital.

Allí tendríamos igualmente un buen alojamiento exento de pago. Con este trabajo se responsabilizó.

“El Rubio” ayudó a mudarnos en su camioneta particular y con el baúl que habíamos traído en el viaje, unos pocos bultos más y una mesa de comedor sin sillas, hicimos nuestro viaje de apenas 15 minutos desde la casa de los abuelos. Nos sentamos ese día en cuatro cajas de

madera de una tienda de abastos. A la mañana siguiente mi padre compró cuatro sillas de uso.

Con la mejora salarial conseguida, mi hermano y yo comenzamos los estudios en el plantel Concepción Arenal, escuela del Centro Gallego de La Habana, reconocida por su buen programa de estudios. Recibíamos buenas clases, participábamos en tablas gimnásticas, excursiones, visitas a museos y otros lugares interesantes. Ninguno de mis condiscípulos había nacido en España. Todos eran descendientes o hijos de cubanos que podían pagar una escuela privada.

Gozamos mi hermano y yo una niñez feliz y desahogada. No tuvimos juguetes costosos, pero no nos faltaron,

bicicletas, muñecas o patines. Fuimos queridos por nuestros padres y abuelos. Sin entrar en contradicción con esos disfrutes nos educaron en el valor del trabajo y en que cuanto tuviéramos fuera fruto de nuestro esfuerzo. Mi madre realizaba tareas adicionales de L’Oreal, como lavar las toallas de la peluquería y pulir los muebles de madera los sábados. En esa tarea debíamos colaborar mi hermano y yo una vez que concluíamos nuestros deberes escolares. Para recrearse había que ayudar.

Mi padre entró a Recalt y Camy con un salario alrededor de 150 pesos, en un momento que el salario promedio en Cuba, para quienes tenían trabajo fijo, podía ser de 60 u 80. Luego recibió un aumento hasta más de 200 pesos, por lo que vivíamos con bienestar y cierta comodidad. A mi madre por dichas tareas le pagaban con materiales de limpieza y de aseo personal, que nos representaba un buen ahorro, porque lo que le entregaban era de buena calidad. Mis padres pudieron adquirir varios artículos electrodomésticos y un auto de uso con el que salíamos casi todos los domingos, en ocasiones con los abuelos.



Primer paseo del Carnaval habanero al que asistí, vestida de gallega y mi hermano de chinito. 1952.

MIS CONSIDERACIONES SOBRE LA REUNIFICACIÓN

Estoy segura que en nuestra emigración, jugó un papel significativo, como en la mayoría, el llamado de los emigrantes anteriores. La reunificación se logró debido a que abuela luchaba para lograr cuanto se proponía, pero sin el apoyo de mi abuelo, quien después de las emociones iniciales, hizo galas de indiferencia y en ocasiones desdén hacia su hijo.

Nuestra salida de la Patria no fue pensada “para reunir dinero y volver”, como mis abuelos por línea materna. Puede haber tenido en mi padre un peso importante la separación familiar, pero pienso que no fue el único gancho. También mis mayores huían de las pocas posibilidades para nosotros, y del control sobre la libertad personal de mi padre. A tantos años de haber finalizado la guerra, todavía en 1951, tenía restricciones de movimiento.

La reunificación no fue lo que mis padres pensaron.



Al lado de la maestra, a su izquierda. 2º Grado.



Tablas gimnásticas con la escuela “Concepción Arenal” del Centro Gallego. En la fotografía de arriba, yo estoy en el centro, en primer plano. En la de la abajo, mi hermano en el centro, también en primer plano.

Abuela Dolores tenía el recuerdo de un país que había dejado 20 años atrás, mucho más agrario y atrasado, además desconocía que su hijo y esposa habían logrado un cierto desenvolvimiento para la época. Mi padre se hizo la idea, o mi abuela la transmitió, de un status económico y social en Cuba superior al que resultaron tener en realidad. Sin embargo, mis padres nunca lamentaron haber dado el paso. Para ellos, que no habían podido estudiar, pesaba mucho que sí lo pudiéramos hacer sus hijos. Aparte de haber sido testigos en Cuba de hechos históricos excepcionales, lo que más los llenó es haber cumplido ese objetivo. Los alegró toda su vida y superó con creces cualquier desencanto. Mi hermano se hizo licenciado en Economía y yo licenciada en Ciencias Penales.



Mi padre en el jardín de la casa que ocupaban L'Óreal y CIBA.

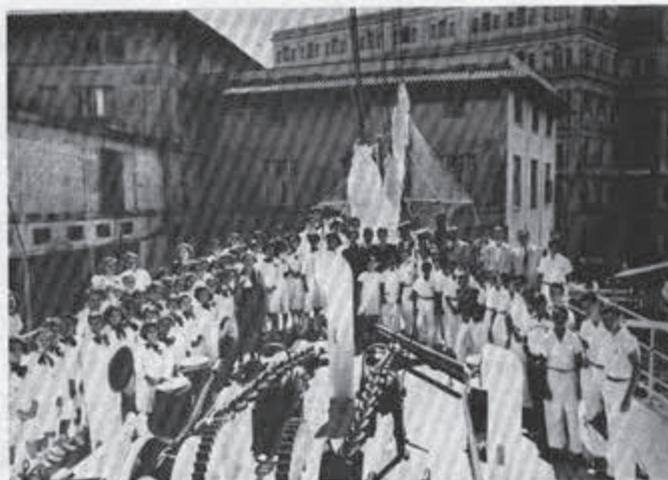


Mi padre con el auto de uso que compró.

VISITA AL "JUAN SEBASTIAN ELCANO"



Las alumnas del Plantel entrando en la fragata-escuela española "Juan Sebastián Elcano", durante su visita a La Habana.



Los alumnos del Plantel reunidos en la proa de la fragata-escuela española "Juan Sebastián Elcano", durante su visita, siendo atendidos cordial y gentilmente por su capitán y oficialidad.

Página de la Memoria del curso escolar 1953-1954 donde aparece la visita a la fragata-escuela española "Juan Sebastián Elcano". Aparezco en la foto superior, última en la hilera, vestida con uniforme.



Mi Primera Comunión.



Con otras modelos de L'Óreal en el vestíbulo del Habana Hilton. Año 1959. Estoy de pie detrás de la Sra. Camy, que está vestida de negro, agachada.



Modelo de L'Óreal. En la Convención Internacional de Peluquería, con mi padre. Hotel Habana Hilton.



Mis padres al centro. Al fondo, mi pueblo, Balboa. 1993.

EL REGRESO A LA PATRIA

Mis padres regresaron juntos a España en el año 1993 después de 42 años sin pisarla. Visitaron los lugares de sus recuerdos y otros más. Durante casi dos meses permanecieron en los pueblos amados de El Bierzo⁵ donde compartieron con casi toda la familia. Sus impresiones fueron de asombro. Si no viajan no habrían podido imaginar el desarrollo de los pueblerinos, ni

⁵ Comarca de la provincia de León, al noroeste de la misma, lindante con la provincia de Orense. (N.E.)

la evolución constructiva y expansión de las ciudades y muchísimo menos el nivel de bienestar de la población. Si tuviera que definir con una sola palabra, cómo fue que se manifestaron al regresar a Cuba, diría: ¡Maravillados! En el 2000 mi madre regresó sola, porque mi padre no se encontraba con buena salud para viajar. Permaneció 30 días. Mi hermano Benito regresó en septiembre del 2001 cumpliendo una invitación del Programa Añoranza, cumplidos ya los 50 años de haber salido y estuvo por 30 días.

Yo fui invitada por el Programa Añoranza del 2003. Así volví a mi Patria después de 52 agostos. A pesar del fallecimiento de mi padre, apenas 15 días antes a la fecha del viaje, decidí hacerlo sin reparos. Él no hubiera deseado que lo suspendiera. Salimos de La Habana el día 4 de septiembre y regresamos el 5 de octubre. Al solicitar se me incluyera en el programa lo hice para cumplir los deseos de conocer el sitio donde nací y compartir con una parte importante de mi familia. Ambos objetivos fueron alcanzados.

Me sedujo la parte vieja de la ciudad de León –especialmente el Barrio Húmedo– y la Catedral. Después vino el encuentro personal, pasé de casa en casa de mis familiares, de región en región y encontré el calor humano al que había aspirado.

De mi familia paterna no queda nadie en el lugar, pero agradezco la gentileza de mi primo Ricardo Fernández Mouriz que me llevó a La Portela, donde nació y vivió su niñez mi papá. La familia materna es bien grande y pude tomar contacto con la mayor cantidad de sus miembros, a pesar de que somos muchos y de lo distantes que se encuentran unos de otros en el territorio español. Ese fue un objetivo que cumplí gracias a la bondad de todos ellos.

Supe soslayar diferencias que sólo muy pocos de mi numerosa familia quisieron imponerme, llevando por sobre todas las cosas el cariño que debía prevalecer y no criterios políticos sobre esta tierra que tan generosamente nos acogió y nos acoge hasta el día de hoy.

Me impresionó el desarrollo económico y social de España, la grandeza y diversidad de la geografía que observé en mi recorrido por León, Málaga, Alicante, Galicia y la conservación de su historia que comprobé al visitar varios museos. Sin embargo, algunos de mis recuerdos quedaron huérfanos. Iba deseosísima de comer castañas asadas con leche. Me fue simpática mi ignorancia; no era época de castañas. Deseaba también participar en la confección casera de empanadas y fichuelos, como todavía hacemos en familia en Cuba, con motivo de fechas especiales y que acompañamos tomando vino tinto en la bota traída por mis padres en 1951. ¡Qué desencanto! Las empanadas las compran hechas en las tiendas y no usan la bota de vino, un solo primo usa un porrón de cristal. Choqué con la realidad de que quienes se ven obligados a abandonar su país, al salir se les detiene un poco la vida y por eso se aferran a sus tradiciones para superar con la tenencia de ellas el dolor por la



Comida en un mesón. Barrio Húmedo de León capital. 2003. Estoy a la izquierda, bebiendo de una copa.



En el Camino a Santiago. Monumento a Santiago Apóstol. 2003.



En el Castillo de Ponferrada, León 2003.

Barcelona, también Tossa de Mar y Blanes, en la Costa Brava. Recibimos una atención excelente por parte de todos y regresamos extasiados de tanta belleza.

terrible pérdida. Los que se mantienen viviendo allí, siguen el ritmo que les impone la vida y no perciben el olvido de éstas.

Me sentí encantada en las fiestas de La Encina donde disfruté de grupos tradicionales de baile y canto coral, igual que en el recibimiento y en la despedida oficial. Me llevó a recordar las historias de mis padres sobre las fiestas de su juventud. En El Bierzo pasé varios días en el chalet que mi primo Ricardo y su esposa Maite tienen en Balboa. Conocí la casa donde nací, compartí con familiares maternos que se mantienen allí, anduve sus caminos y saqué fotos que conservo.

Al salir de Cuba me había propuesto recoger un puñado de tierra de mi pueblo para conservarla en un lugar especial de mi casa. Mis emociones me llenaron tanto que lo borré de mi memoria. Al llegar a Cuba sin ella me di cuenta que había traído lo más importante: mis impresiones.

Este año 2011, me otorgaron el viaje de vacaciones por INSERSO, fuimos en mayo a Cataluña, mi hermano y yo con nuestros cónyuges. Aunque no pudimos visitar a familiares debido a la distancia, hice contacto telefónico con algunos de ellos. Conocimos otros pedazos de España, Lloret de Mar –donde nos alojaron– visitamos



Mi madre con hermanas, hermano y tres sobrinas. 1993.



Sobrinos y hermanos en banquete campestre para festejar a mis padres en su primer viaje. 1993.



Mi mamá, tres hermanas y su hermano. Posada del Bierzo. 2000.



La casa donde nací en Balboa.



Fachada iglesia de La Portela, pueblo de mi padre. 2003.



En el Gibralfaro. Málaga. 2003.



En Tossa del Mar, otro pueblo de la Costa Brava, 2011.



En el poblado de Blanes, Costa Brava. Mi esposo y yo a la derecha, con mi hermano y su esposa. 2011.



Patio central del Archivo de la Corona de Aragón. 2011.

MI PADRE, TRABAJADOR DESTACADÍSIMO

Mi padre nunca se separó de su espíritu de trabajo y responsabilidad. Sin embargo, fue más palpable a partir del año 1962 en que el Gobierno Revolucionario intervino la casa que representaba a L'Óreal y a CIBA, transfiriéndola a la recién creada Empresa de Productos Farmacéuticos adscrita al Ministerio de Industrias, con Ernesto "Ché" Guevara como ministro.

Papá trabajó en varios laboratorios de la industria. Las primeras innovaciones que realizó fueron para salvar equipos parados por falta de repuestos u obsoletos, a fin de incorporarlos a la producción de inyectables, entre ellos, una máquina de llenado y un túnel de secado. También hizo inventos, entre los que realizó, puedo mencionar una alarma sonora hecha de un manómetro eléctrico para los tanques de nitrógeno y una máquina de cortar bulbos de cristal de inyectables. Su inteligencia natural, sin que hubieran mediado estudios



En Montjuic, Barcelona, mi esposo y yo. 2011.



Haciendo piezas para construir una máquina de cortar bulbos de cristal para inyecciones. Mi papá es el de la izquierda.



Cortando palmas reales para sacar madera. Está a la derecha de la foto.

anteriores, fue mucha. Pero su voluntad, organización del tiempo y disciplina lo ayudaron a aprovechar la oportunidad de superarse. Hizo estudios nocturnos para alcanzar el Sexto Grado de la enseñanza primaria, posteriormente hizo un curso de Mínimo Técnico en Tecnología de la Producción, lo que ya le dio conocimientos especializados para su trabajo. La mayoría de esos inventos e innovaciones los realizó en trabajo voluntario después de concluir su jornada laboral. Por ellos fue seleccionado en enero de 1963 entre los 10 trabajadores más destacados del Ministerio de Industrias. Posteriormente fue felicitado al haber acumulado en el primer semestre de 1964, la cantidad de 240 horas de trabajo labores de voluntario para acometer las tareas descritas anteriormente. En esas dos ocasiones recibió reconocimientos. Los certificados de Trabajador Destacado y el de Batallón Rojo, en ese orden, ambos firmados de propia mano por el “Ché”. Este último lo entregó personalmente el Ministro en un acto público, a él y otros galardonados. Ese estímulo fue acompañado del otorgamiento de 10 días con toda la familia en la playa de Varadero, con los gastos pagos (sic). En sus últimos años laborales, siempre dentro de la industria farmacéutica, trabajó en la instalación de sistemas de ventilación y refrigeración durante la modernización de la Fábrica de Armaduras, por lo que también recibió reconocimientos.

A lo largo de su vida como trabajador, participó en movilizaciones voluntarias al campo para salvar cosechas, recogida de papas, de café y



Mi padre, segundo a la derecha, en una de las zafras cañeras en que participó en Camagüey.

otros. Además participó en seis zafras en los cortes de caña, por períodos de tres a seis meses, generalmente en la provincia de Camagüey, la más cañera de la isla. En el año 1983 se jubiló por razones de salud.

Debo señalar que en aquellos años, los Certificados de Trabajador Destacado y de Batallón Rojo, firmados de propia mano por el “Ché” eran los máximos reconocimientos que existían para un trabajador en Cuba. No se cuántos españoles residentes en Cuba los habrán alcanzado, pero si hay más, mi padre ganó el honor de estar entre los poquísimos. De haber existido en aquel momento, como existe hoy, la condición de Héroe del Trabajo de la República de Cuba, estoy segura lo hubiera alcanzado.

ASOCIARSE E INTEGRARSE

Para mis padres —como lo fue para mis abuelos paternos— mantenerse al tanto de lo que ocurriera en España, asociarse a las instituciones españolas y hacerse de amigos emigrantes, fueron vías para mantener el vínculo patrio y paliar la añoranza. Mi abuelo Maximino era socio del Centro Gallego y mi abuela Lola de la Colonia Leonesa. Desde muy temprano nuestra participación en las actividades de ambas se hacía indistintamente. Los banquetes o las romerías para celebrar fechas de las dos regiones, eran habituales y generalmente en los inmensos jardines de las cervecerías La Tropical o La Polar. Era una fusión muy agradable de las culturas cubana y española. Pasábamos a pie entre palmas a



Uno de los certificados que le fueron otorgados por su participación en las zafras.



Certificados de 6º grado y curso de Mínimo Técnico en Tecnología de la Producción.

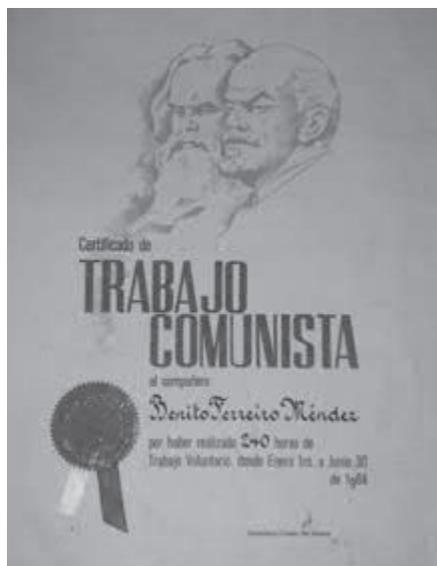
ambos lados del camino, de las que colgaban las banderas respectivas. Repentistas cubanos armados de guitarras y su voz, improvisaban versos sobre el recién llegado. Luego, allá adentro, era España pura. Buena comida, vino español y queso. Nunca faltaban los gaiteros, grupos de baile y canto español y más tarde la música grabada de las mejores de España.

A medida que fui creciendo descubrí que no todo había sido fiestas para mis familiares. Ellos se habían sentido comprometidos con los momentos históricos de España. Mi abuela Lola fue miembro del Círculo Republicano Español (CRE) y realizó activismo para recoger ropa, zapatos y otras provisiones necesarias para las fuerzas de la República y la Brigada Internacional que luchó en la Guerra Civil, a la que se incorporaron 1067 cubanos. Pero las autoridades cubanas impusieron límites legales a los grupos que apoyaban a cada bando enfrentado en España. En adelante, para poder cumplir sus objetivos, las organizaciones de españoles se apoyaron en organizaciones locales que los sustentaban por simpatía.

En Cuba existían sociedades de comerciantes o profesionales de las que sí formaban parte los extranjeros que tenían negocios o eran universitarios. Mi familia no tenía ni una cosa ni otra, por lo que no fueron miembros. Sin embargo, durante los trabajos del CRE mi abuela hizo lazos estrechos con el Partido Socialista Popular (PSP) de Cuba y el periódico Hoy, órgano oficial de éste, convirtiéndose en colaboradora de confianza de ambos, incluyendo en etapas que éstos estuvieron proscritos. Ese es el primer vínculo familiar –del que tengo conocimiento–, con



Primer Certificado obtenido por méritos laborales, firmado de propia mano por Ernesto “Ché” Guevara, a nombre de mi padre, Benito Ferreiro Méndez.



Máximo Reconocimiento laboral de la época, firmado de propia mano por “Ché” Guevara, obtenido por mi padre, Benito Ferreiro Méndez.



Distintivos de solapa del CRE y del Círculo "Amigos del periódico Hoy" que pertenecieron a mi abuela Dolores Méndez González.

una organización cubana. La colaboración de mi abuela Dolores con el PSP se extendió a otras organizaciones cubanas y se mantuvo por años. Lo más destacado que recuerdo fue su activismo recogiendo fondos y otras tareas a favor de la construcción del Hospital Centro Benéfico Jurídico de Trabajadores de Cuba, esfuerzo de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) y el PSP, que se materializó en uno de los mejores hospitales de la capital, para uso de los trabajadores. Hoy en día es el Instituto de Neumología.

Ya viviendo en Cuba nosotros, mi padre y abuela Lola, fueron miembros de la organización española Casa de la Cultura desde donde más veladamente se seguía apoyando el fin de la dictadura franquista. Tarea también difícil por el apoyo oficial que el dictador cubano Fulgencio Batista dio a Franco. Al extinguirse la Casa de Cultura mi padre recibió un Diploma de reconocimiento.

Después vino el triunfo de la Revolución cubana en enero de 1959. Para nuestra familia el sentimiento de pérdida por la caída de la II República española aumentó la simpatía por el programa político que se anunciaba. Esto, unido a la tradición española de asociarse los llevó a afiliarse a organizaciones que surgieron. Con esa integración a la nueva sociedad cubana, mis padres aumentaron su sentimiento de pertenencia a Cuba. Por esa fecha mi hermano y yo teníamos 15 y 11 años respectivamente y como nuestros padres hicimos lo que nuestra edad nos permitía.

Mi madre y yo fuimos fundadoras de la Federación de Mujeres Cubanas, toda la familia fundadora de los Comités de Defensa de la Revolución y poco a poco nos incorporamos a tareas como la Alfabetización, trabajos voluntarios al servicio de la comunidad y otros. Mi padre fue coordinador de un zonal de los CDR, que por su aporte a la comunidad en movilizaciones voluntarias, recogida de materia prima y donaciones de sangre, estuvo durante años entre los mejores del Municipio Plaza de la Revolución. Mientras su salud se lo permitió fue donante de sangre habitual, por lo que recibió numerosos diplomas.



Mi padre sosteniendo la bandera española al entrar en una actividad en los Jardines de La Polar.

A pesar del poco tiempo que disponíamos por esas actividades, nunca descuidamos nuestro vínculo con España. Toda la familia, incluyendo nuestros cónyuges cubanos, fuimos miembros



Fotografía de mi boda.

de la Sociedad de Amistad Cubano-Española hasta su desaparición.

Como la anunciada estabilidad social se veía de continuo alterada por la hostilidad de los Estados Unidos de América la defensa del país se convirtió en prioridad. Desde los primeros años se sumaron mi padre y mi hermano, dentro de las filas de la Defensa Popular y las Milicias, en ese orden. De los batallones de las Milicias, mi hermano pasó a prestar servicio en las Fuerzas Armadas Revolucionarias y por último en la Aduana General de la República de Cuba donde ocupó el cargo de Director Nacional de Economía, hasta su reciente jubilación. En

mi caso, después de alfabetizar fui maestra voluntaria, empleada de los ministerios de Educación y Comunicaciones, respectivamente, y por último presté servicios en el Ministerio del Interior, hasta mi jubilación.

Cuidamos de que nuestros descendientes sepan y mantengan las costumbres y tradiciones de nuestro pueblo, por ello asistimos con nuestros hijos y nietos a las actividades, reuniones y Juntas de Asociados de la Colonia Leonesa en Cuba y en nuestros hogares conservamos las tradiciones que son posibles. Colaboramos en cuanto está a nuestro alcance con el funcionamiento de la Colonia. Mi hermano es el Vicetesorero de la misma, yo fui miembro del jurado

en la 2ª edición del concurso de la Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa y he sido activista para mi municipio de residencia, aunque razones de salud me han limitado por lapsos en los dos últimos años. Mi hermano y yo recibimos la condición de Emigrante Distinguido el pasado



Diploma de Firmeza Patriótica otorgado por la Casa de la Cultura española concedido a papá en 1960.

año 2010, diploma que otorga el Consejo de Residentes Españoles en Cuba a propuesta de cada asociación española.

Mi esposo es cubano. De mi matrimonio, en 1966, tengo dos hijos. La mayor es Yahí con 44 años, el menor es Jorge Armando de 43. De mi hija tengo una nieta de 10 años que se llama Aitana y de mi hijo un nieto de 16 que se llama Dayron. Los adultos estamos asociados a la Colonia Leonesa de Cuba.



Mi hermano y yo con abuelo Maximino, de pie, y Domingo un amigo gallego.



Mis padres, abuela, mi hermano y yo de pie, con dos amigos gallegos y abuelo.



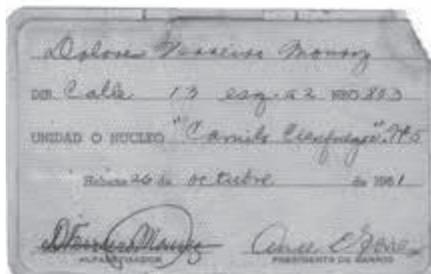
Un banquete con amigos españoles en La Tropical.



Comida con amigos cubanos y españoles en el 15 cumpleaños de mi hermano.



Carné de la Defensa Popular de mi padre. 1963.



Mi carné de Alfabetizadora. 1961.



Diploma de Emigrante Distinguido que me fue otorgado en 2010.



Carné de asociado a la SACE, similar al del resto de la familia.

LA EMIGRACIÓN, UNA HISTORIA QUE NO CESA

Las causas que han llevado a Cuba a politizar todo, generalmente respondiendo a la politización que de todo han hecho desde afuera, se han mantenido molestándome como piedra en mi zapato en lo relativo a la emigración. Más que eso, me han causado dolor porque amo a Cuba y su proceso revolucionario, con lo bueno y lo malo que alberga. Desde que finalizó el éxodo cubano hacia los Estados Unidos de América por razones políticas, he defendido en cada lugar que he podido, con mi palabra, que la emigración es mucho más que política y se emigra por muy diversas causas. No es necesario que las aborde aquí. Algunos cercanos a mí, conociendo mi apego al proceso revolucionario, habían hecho idea de que al abandonar Cuba mi hijo Jorge Armando hacia los Estados Unidos en 2006, iba yo a renegar de él. Mi hijo tomó su camino, como un día mis padres y muchos más tomaron el suyo. No hizo nada incorrecto contra su país aquí, no ha levantando un solo dedo desde allá para hacer daño a Cuba, tampoco para hacer daño a España, por eso no renegaré de él. Él y su esposa son excelentes personas y trabajadores. Vienen



En el centro, el General de Cuerpo Ejército, Abelardo Colomé Ibarra, ministro del Interior, con el colectivo donde trabajé. Yo estoy a la derecha de la foto vistiendo pantalón.



Mi nieta con vestido a rayas, en una fiesta infantil de la Colonia Leonesa.



En la misma fiesta, con mi hija a la izquierda. En el centro mi hermano y mi cuñada.



Mi hijo y su esposa, en los extremos, con una amiga. Año 2011.



Mi hijo y mi nieto Dayron con 14 años. Año 2009.



Cumpleaños 81 de mi madre. Ultimo donde aparece mi papá, quien falleció 9 meses después. De izquierda a derecha, detrás: mi cuñada Nora, mi sobrino Nelson, yo y mi hija Yahí. Delante, mi hermano Benito, con nuestros padres. Año 2002.

a visitarnos una o dos veces al año y mi nieto pasa sus vacaciones escolares en la isla, disfrutando con familiares y amigos. Tanto él como su esposa han planificado residir nuevamente en Cuba una vez que se jubilen, como ya comienzan a hacer algunos que habían salido en la década de los 70.

Recientemente hemos tenido otra emigración en la familia. En el mes de marzo de este año 2011 mi sobrino Nelson, emigró a España. Tiene estudios medios de telecomunicaciones y de informática. Esperemos que las dificultades que enfrenta España pasen pronto para que pueda salir adelante. Es uno de los riesgos que se corre al emigrar.

BREVE COLOFÓN

Temprano, tal vez demasiado, perdí mi acento español. Me molestaba que los chicos de la escuela me dijeran “gallega” –que no soy, les decía–, pero de nada valía. Por eso decidí “hablar yo como los demás”. De mi identidad es lo único que cambié. Llegamos a un país que no anuló nuestra cultura porque por raíces ya la tenía. Nunca me sentí extranjera aquí. Mi padre lo resumió muy bien al decir que “de no estar en nuestra tierra, el mejor lugar es Cuba”, la lengua es la misma y aunque a todos nos dicen gallegos, a la harina de trigo se le dice de Castilla.

El pasado mes de agosto, en 2011, celebramos el 60 aniversario de haber llegado a Cuba. Un encuentro íntimo de hermanos, nuestros cónyuges, mi hija, su esposo y mi nieta, con comida ligera y la bota llena de vino tinto, fue suficiente para no pasar por alto la fecha.



Encuentro familiar por el 60 aniversario de nuestro arribo a Cuba. De izquierda a derecha: mi hermano, mi esposo, mi cuñada, mi hija, su esposo y yo. Mi nieta Aitana toma la foto.



Yo, en el mismo encuentro, tomando vino de la bota.

EMIGRANTES DE LA FAMILIA FERREIRO-MÉNDEZ-MOURIZ FALLECIDOS EN CUBA

- Maximino Ferreiro Blanco. Lugar de nacimiento: Ourense, 9 de agosto de 1890, hijo de Benito Ferreiro Pérez y de Josefa Blanco Fernández. Emigró a Cuba en 1920. Fallecimiento: La Habana, 11 septiembre de 1975, con 85 años.
- Dolores Méndez González. Lugar de nacimiento: La Portela, León, 7 de marzo de 1898, hija de Manuel Méndez y Dolores González. Emigró a Cuba en 1930. Fallecimiento: La Habana, 28 de junio de 1970, con 72 años.
Dolores y Maximino habían contraído matrimonio en España el 24 de julio de 1916.
- Benito Ferreiro Méndez. Lugar de nacimiento: La Portela, León, 7 de marzo de 1918. Hijo de Maximino Ferreiro Blanco y Dolores Méndez González. Emigró a Cuba en el año 1951. Fallecimiento: La Habana, 20 de agosto de 2003, con 86 años.
- Joaquina Mouriz Mouriz. Lugar de nacimiento: Villafeile, León, 24 de noviembre de 1921. Hija de Ángel y Vicenta. Emigró a Cuba en el Año 1951. Fallecimiento: La Habana, 6 de julio de 2009, con 87 años.

Benito y Joaquina habían contraído matrimonio en León, España el 19 de diciembre de 1942.

Los restos de todos ellos se encuentran en el Panteón de la Colonia Leonesa de Cuba, Cementerio de Colón, La Habana.